

Conferencia: Desencanto y Democracia

Dr. Julio María Sanguinetti

18 de abril de 2001, Auditorio “Jorge Luis Borges”
Biblioteca Nacional, Buenos Aires - Argentina

Desde el año 89, con la caída del *Muro de Berlín* y con toda la explosión que se vivió entonces, nos imaginamos un tiempo de construcción democrática en que esa idea largamente acariciada y perseguida, que esa larga construcción de la democracia, que esa búsqueda incesante de todos los pueblos de Occidente y muy particularmente de los nuestros, llegaba para instalarse definitivamente en un clima de sosiego, paz y serenidad. Los años nos mostraron luego que también una extraordinaria explosión científica y tecnológica que se había producido paralelamente cambiaba la economía del mundo e introducía nuevos protagonistas en la escena, factores de cambio con profundas repercusiones sociales, y todo un proceso que había venido ocurriendo con un cambio revolucionario en el orden científico y técnico que había estado oscurecido por los debates maniqueos de la *Guerra Fría*, pero que en ese momento comenzaron a eclosionar.

Y el hecho es que esa democracia

triumfante entonces, y hoy universalmente aceptada y proclamada como tal, comienza a vivir sin embargo un cierto proceso de erosión espiritual que se percibe en todo el universo democrático.

En el propio Estados Unidos no hace mucho vimos una elección trascendente, importante, que repercutió por diversas circunstancias en el mundo entero, y que sin embargo no convocó a la mitad de la ciudadanía de ese país.

En Europa, que está viviendo hoy el progreso democrático más claro, la etapa de construcción democrática más rotunda y definitiva de su historia, aún en España, el país que quizás pueda ostentar la mayor salud y vigor de sus instituciones, encontramos ese fenómeno que Maraval, un gran historiador y pensador español, llama “**el cinismo democrático**”, esa suerte de dualidad en virtud de la cual el ciudadano proclama su adhesión al sistema democrático, proclama su adhesión a la participación democrática.

tica, pero luego no lo hace, en partidos cuya militancia baja, en acciones solidarias que se proclaman pero no se perciben, y en un escepticismo permanentemente crítico que va más allá de los gobiernos y llega a las instituciones.

En Latinoamérica también vivimos en aquellos años ochenta esperanzados el resurgir democrático de todas nuestras *repúblicas*, reconstruyendo viejas democracias que habían caído un día, o bien comenzando el proceso de fundación de la república desde la formación del republicano mismo, en aquellos estados hermanos en los cuales la democracia había resultado más esquivada. Pero este es el hecho que hoy estamos viviendo y al cual tenemos que atender porque, en definitiva, ustedes especialmente han de saber, como decía el poeta Schiller, somos todos ciudadanos de una nación pero también ciudadanos de un tiempo, y este es el tiempo de nuestra ciudadanía en la cual tenemos que convivir con estos fenómenos novedosos que a veces tenemos que interpretar con instrumentales antiguos, a veces con ideas que nos resultan insuficientes, y como consecuencia, con una nueva realidad que nos muestra que ya no son los bienes la riqueza, sino el conocimiento, que hoy la realidad ya no es aquello que percibimos con nuestros ojos en el escenario social, sino aquello que nos muestra la pantalla de televisión todas las noches; en esta sustitución de la realidad por la llamada *telerealidad*, en una sociedad que se ha ido disgregando, en una sociedad en la cual, en todos los ambientes vemos ocurrir cambios y estructuras, en que la propia célula familiar cambia su

naturaleza y su rol. Y en consecuencia más que nunca tenemos que ver cómo ese, nuestro sistema democrático, no puede ser corroído por fenómenos de desencanto que se van encadenando y viniendo de ángulos diversos. Vivimos la llamada globalización, y ella ha significado básicamente un hecho científico, un hecho tecnológico, es un fenómeno que se fue produciendo por acumulación, como en su tiempo a fines del siglo XVIII, cuando la máquina a vapor comenzó a cambiar la agricultura de Inglaterra y se produjo la llamada Revolución Industrial después. Del mismo modo, el satélite, la computadora, el mundo informático, el microchip, todos esos fenómenos fueron generando una nueva realidad, que repercutió, en primer lugar, en lo que fue la globalización financiera, porque la globalización aún no ha llegado a ser una globalización comercial o económica como a veces se dice; financiera sí, sin duda, porque los propios mecanismos de comunicación pusieron al servicio de las finanzas elementos de transmisión de una velocidad inusitada. Y paralelamente ocurrieron otros fenómenos en el orden científico que trasladaron los elementos básicos de la riqueza hacia el área del conocimiento, hacia el dominio de ellos.

Paralelamente, se fue dando en el terreno de las ideas políticas una internacionalización cada día mayor, organismos supranacionales, fenómenos que iban superando la vida de los estados, y de todo ese proceso de globalidad un mundo informático, y un mundo informático y comunicacional que fue difundiendo en la generalidad los mismos hábitos, las mismas

costumbres, hasta las mismas gastronomías, los mismos símbolos, los mismos iconos, y como consecuencias de todo ello, una reacción que comenzó a producir consecuencias. La primera, en el ámbito nacional, que mucha gente comenzó a cuestionar, y que muchos tratadistas han considerado como en vías de desaparición; idea, sin embargo, que personalmente rechazo y que debemos analizar con mucha más profundidad.

Se ha hablado mucho del fin de las ideologías, y eso fue fundamentalmente referido al año 89 con la ideología marxista, pero a partir de allí se construyeron teorías sobre la destrucción de los fenómenos ideológicos que dicen bien con los sistemas cerrados de pensamiento que pretendieron conducir la historia, reducirla a procesos ineluctables y establecer leyes. Aquel esfuerzo que comenzaron los positivistas con Augusto Comte, que siguieron hacia delante, hacia otras etapas del pensamiento, en ese sentido sí, no estamos en un mundo hegeliano, en el cual todo lo podemos prever a través de las cinco leyes de la dialéctica. Pero eso no quiere decir que el debate de ideas haya sucumbido, sino que por el contrario, más que nunca es cuando lo tenemos que rescatar; y cuando percibimos signos de desencanto es justamente cuanto más tenemos que afirmarnos en el rescate de las ideas, es decir, de aquellos principios que siguen siendo los rectores de nuestra civilización. Porque somos una civilización, y todos nosotros parte de una civilización, que son círculos concéntricos que se confluyen en definitiva para configurar eso, que es nuestra visión del mundo. Globalidad, entonces,

que va produciendo estos fenómenos pero que termina en una situación que está en la raíz de ese desencanto del ciudadano, que se siente desprotegido, que se siente indefenso, que siente que los fenómenos financieros son más importantes que aquellos bienes que ha producido en un campo, en una fábrica, como suprema expresión del esfuerzo y del trabajo; que siente que la riqueza es un fenómeno inmaterial que nadie sabe como se conduce, que siente además que un lejano aleteo en un país lejano produce luego repercusiones en nuestra vida. Más de una vez nos hemos preguntado cómo es que un día ocurre una crisis en el sudeste asiático y a los seis meses la tengamos instalada aquí, o cómo es que recorren estos fenómenos esa velocidad; y de allí que se comienza a instalar la duda porque se siente una sensación de impotencia del estado y de los conductores del estado para enfrentar esos fenómenos.

La economía realmente ha comenzado un proceso de cambio muy profundo que está generando estas situaciones, y en la cual se instala el segundo factor de desencanto, que es el desempleo. El progreso científico y tecnológico irrumpió, cambió estructuras, del mismo modo que ocurrió en el siglo XIX cuando las industrias artesanales sufrieron el embate de la moderna industria y que generaron todas las situaciones que aún nuestros países, las provincias nuestras, lo vivieron de un modo muy particular al producirse la irrupción en aquellos años de los artículos fundamentalmente producidos por la gran potencia industrial de la época que era Inglaterra.

Y hoy también, de algún modo, vemos producirse un fenómeno de tecnificación tan veloz que no permitió la adaptación de la economías; entonces se instala allí una situación de desempleo crónico y permanente que países con una fuerte capitalización histórica han podido sobrellevar con seguros sociales, pero que países como los nuestros difícilmente han podido superar y que está instalada allí como una de las fuentes de esa situación de incerteza.

Esto está más allá de los buenos y malos gobiernos, esto está más allá de la peripecia común, esto es un fenómeno que lo percibimos no sólo en nuestro hemisferio latinoamericano, y por eso, a veces vemos muy de cerca nuestras situaciones, salimos a buscar chivos expiatorios o responsables inmediatos, cuando en realidad estamos viendo un proceso de mutación económica y social que es mucho más profundo, y que no es la responsabilidad de nadie en particular, ni la circunstancia de un mejor o no tan buen gobierno, sino de procesos mucho más profundos que van más allá de lo que pueda hacer un momento o de lo que pueda hacer un período. Vemos los niveles de desempleo que incluso un país como Japón, una potencia de esa fuerza industrial, ha tenido en estos últimos años. Y esos son factores que van produciendo desasosiego, que van produciendo ese desencantamiento, que van produciendo un repliegue sobre las instituciones democráticas, que producen a veces el enojo frente a los partidos políticos; y que más allá de cualquier circunstancia difícilmente habrá una democracia que pueda desarrollarse bien sin partidos políticos. Y ejem-

plos tenemos, en nuestra América latina, de que cuando los partidos políticos se debilitan y la opinión pública no se canaliza, aparece el candidato mediático, la fórmula de ocurrencia, los movimientos de ocasión y todas esas fantasías que no están referidas ni a disciplinas psicológicas, ni a conductas morales, ni a idearios, ni a tradiciones que nos pesan con retratos que no son sólo fantasmas del pasado, sino que son la representación de los principios en los que hemos formado. Y esto es importante verlo y analizarlo un poco más allá de la anécdota de cada día, y sobre todo como una convocatoria a no desertar, sobre todo una convocatoria a sentir que nuestra democracia precisa de nuestra ciudadanía, y que nuestro reproche o nuestra crítica sólo se legitima luego de nuestra participación.

Esto es muy importante señalarlo porque es en esos lugares donde debemos debatir ideas, y siguen siendo las ideas las que siguen moviendo al mundo. Muchos tópicos hemos oído en los últimos años, errados, el decir, por ejemplo, que todas las guerras y conflictos son económicos, visión en la cual se cayó desde los extremos del pensamiento, a veces desde la derecha conservadora, como desde el marxismo. La Segunda Guerra Mundial no fue una guerra económica, fue una guerra entre el *nazismo* y la *democracia*. La *Guerra Fría* que le sucedió no fue una guerra económica, fue una guerra entre dos sistemas y dos concepciones de la vida. La guerra de Yugoslavia, que todavía estamos viviendo, no fue una guerra económica, fue un choque étnico en una nación que se desintegró. Las dramáticas circunstancias que vivi-

mos todos los días con sobrecogimiento a través de la prensa en todo el Medio Oriente, no son guerras económicas, son fenómenos étnicos, culturales, religiosos.

El profesor Huntington ha publicado un libro últimamente sobre el llamado choque de las civilizaciones, en una versión moderna rescatando una vieja idea. ¿Porqué los hombres chocan? Porque no se conocen. ¿Porqué se enfrentaron los persas y los griegos? No fue por razones económicas: fueron dos culturas que un día se encontraron enfrente y chocaron, como chocan siempre aquellas culturas y civilizaciones que no se entienden, que se temen en consecuencia de la ignorancia y que se enfrentan, luego, en una hegemonía que luego no le lleva a la prosperidad buscada.

Razón de más para que digamos estas cosas hoy, en que justamente los milagros de la comunicación nos permiten conocernos mejor, y aparentemente comunicarnos más, pero a una fugacidad de imagen y a una velocidad de tránsito, en la cual cuesta el espacio para la reflexión. Y eso es lo que tenemos que conquistar y reconquistar, y lo que agradezco hoy, para poder reflexionar por unos minutos sobre estas cosas que son las que siguen de algún modo moviendo al mundo. Estas ideas fuerza que son las que nos siguen convocando.

Del mismo modo que todos los días también oímos otro tópico, que todas las ideas son respetables, que es una vulgaridad profundamente peligrosa, porque todos los hombres son respetables, pero no todas las ideas. El racismo es una idea, y es una idea des-

preciable. El fascismo fue una idea construida por grandes pensadores, e idea despreciable también, cuyo combate debemos permanentemente hacer. Los absolutismos de diversos signos fueron ideas, y no fueron pensadores insignificantes los que estuvieron detrás de muchas de las ideas que construyeron las tragedias de esta centuria que pasó. Un mundo que vio la aventura fascista, la aventura nazista, la aventura falangista, la aventura colectivista en todas sus dimensiones, no puede dejar de mirar hacia eso y decir y sentir que todo lo que signifique el discutir filosófico, el discutir ideas, eso que pueda parecer abstracto, en medio de las urgencias de la vida diaria, son sin embargo las fuerzas a las que tenemos que seguir convocando.

Y por eso, frente a estas semillas de desencantos, muchas veces plantadas en terreno fértil, porque no ignoremos que la democracia es una arquitectura de instituciones, y es un principio, pero al cual sólo le damos encarnadura los humanos susceptible de corrupción, de debilidad, de cobardía, susceptibles de todas las debilidades del espíritu humano, por eso debemos sentir que en definitiva en esas instituciones, y en esas garantías, en esos principios que nos tienen que seguir animando, es donde puede estar la fuerza del cambio.

Más de una vez estos desencantos condujeron a tragedias. Recuerdo en una ocasión, en una campaña electoral en Alemania, me tocó acompañar a Günther Grass, un gran novelista alemán que actuaba como una figura independiente apoyando en ese momento al partido social democrático,

aunque él no era miembro del partido. Recuerdo que fue ante un gran auditorio de estudiantes, muy críticos del gobierno alemán de la época, su armamentismo, su alianza con Estados Unidos; era todo reclamos. Luego, en cierto momento toma la palabras Grass, y dijo: “Bueno, señores, yo soy escritor profesional, y me levanto todos los días, lo primero que hago me lavo la cara y me afeito, con mi cara no estoy demasiado de acuerdo pero es la que tengo, me pongo a trabajar, y escribo todos los días, cuarenta, cincuenta páginas diarias, las releo, y nunca estoy de acuerdo con más de la mitad de lo que he escrito. Y de noche voy a tomar vino con un núcleo de amigos que tengo, compartimos ideas, discutimos, y nunca estamos de acuerdo con más de la mitad de lo que hablamos.

Entonces, piensen ustedes lo que significa eso: si uno no puede estar demasiado de acuerdo ni con su propia cara, ni con sus propias obras, ni con sus amigos... ¿Cómo puede alguien imaginar que puede estar ciento por ciento de acuerdo con un gobierno, con un partido?” Y les dijo: “Señores, el día que ustedes sientan que pueden estar de acuerdo ciento por ciento con un gobierno, con un partido, horrorícense, porque eso quiere decir o que ustedes están idiotizados, o que el estado es totalitario”. Y les dijo: - “Señores, esto es un balance. Acá, en Alemania, le pedimos a una república la perfección, la llamada República de Weimar, y los intelectuales es-

tuvimos en la vanguardia de la crítica, y tanto la criticamos que un día tuvimos un movimiento nazista que nos acabó con todo aquello. Y tuvimos una enorme y gigantesca responsabilidad”. “Yo -decía Günter Grass-, ese error no lo cometo más, este gobierno me asegura democracia, me asegura dignidad, me asegura escuela, me asegura paz, me asegura fronteras. Un día tuve que ponerme un uniforme e irme a pelear por Alemania, bajo un régimen que no sentía y que no quería, un muchacho joven que me iba a matar por algo que no entendía. Un régimen que a mí me asegura eso, me sirve, lucho dentro de él, hago el balance y voto por lo que mejor entiendo”. Y esta pequeña anécdota puede servir para todos estos fenómenos de desencantos que se dan, a veces en la Europa de hoy, sin tantas consecuencias a la vista. Aunque tenemos a la ETA, pero mucho más en América latina, tan tentada a veces de la reacción autoritaria, tan pronta a deslizarse hacia el descreimiento, pero en la cual tenemos que seguir afirmando eso. Nadie nos asegurará eso, y frente a aquellos que muestran el desencanto luchemos, y aquellos que actuamos en la vida cívica, o en la vida académica, tratemos de darle a este mundo de realidades, una pequeña dosis de futuro, como nos pedía Víctor Hugo. Y sentir que aun en medio de tanto pragmatismo seguimos alentando en una utopía que es la única válida, la utopía de una democracia que siempre tiene algo para construir.